

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 14 DE ENERO DE 1923

NÚM. 19.954

GALERÍA DE OBRAS DE ARTE



LA VUELTA AL REDIL.—Hermoso cuadro del pintor Codron.

Ayuntamiento de Madrid

IMPRESIONES DE
UN CAMINANTE

LA HERENCIA DE PARTÉNOPE

El encanto de la visita a Nápoles reside en la confluencia de muy opuestos valores estéticos, que van desde la sublimidad y la gran fuerza sugestiva hasta la gracia pintoresca y amable. Una copiosa tradición literaria va unida a esta ciudad; pocas habrá que tengan su potencia cohesiva, como núcleo de atracción humana. A manera de una gloriosa dinastía, pasaba en mi recuerdo la seria infinita de estilizaciones de Nápoles, eterno tema ofrecido al comentario lírico por esta ciudad inspiratriz, que bautiza en fuego y en espíritu a sus visitantes y comunica el sagrado contagio aun a los indignos. Para el que acude a ella con una gran voluntad de visión pura, no contaminada por el prejuicio y la admiración vulgar, la suprema dificultad consiste en sustraerse al Nápoles imaginado, que todos llevamos ya en la fantasía al entrar en el Nápoles verdadero.

¿Quién, por ejemplo, al penetrar en la Catedral, no tiene una previa actitud de sonrisa burlona ante la leyenda de las liquefacciones de la sangre de San Gennaro, patrón inmemorial de Nápoles? Pero cuando nos encontramos ante la urna de esa reliquia, Nápoles toma a nuestros ojos una nueva transfiguración; y vemos en él la persistencia de la avidez de milagro característica de Oriente. No nos parece ya un reducto de la pureza helénica en el mundo latino; sino un resto de primitivas supersticiones, trasunto de misterios cuyo sentido se desvaneció. ¿No descubrimos ya ese contacto incesante con el misterio en los ojos de los hombres y mujeres del pueblo que rozamos al paso en estas calles? ¿No brilló ya en los ojos, predestinados a dolorosa inmortalidad, de su caudillo Masaniello, héroe anticipado que leía vagamente en el porvenir y ponía su corazón plebeyo al ritmo de una palpación que tardaría muchos años en remover a la Humanidad? ¿No es así como nos mira todavía desde su retrato, en la tela de Micco Spadaro, conservada en el propio Museo napolitano?

Italia tiene dos ciudades que representan la confluencia entre el mundo oriental y nuestro Occidente: Nápoles y Venecia. Pero aquella precedió a ésta en tal misión. Avanzadas de la cultura occidental, vigías sobre el mar, una y otra recibieron la fecundación de los vientos, como la yegua que concibió a Pegaso. Pero Nápoles es la unión con el Oriente primitivo y con el helenismo fundamental, mientras Venecia se refunde con el espíritu de los enemigos inmediatos contra quienes hubo de luchar, a través de la Edad Media, y ambas ciudades, por una singular paradoja, ofrecieron al romanticismo temas predilectos de inspiración, que les añadieron un valor nuevo.

¿Cómo exponer, sin el peligro del vulgar tono ditirámico, la emoción con que hemos recorrido el Museo, uno de los más ricos yacimientos de la belleza clásica? Es difícil explicar la sensación experimentada cuando los ejemplares típicos del arte antiguo, que forman parte de los elementos de toda cultura personal, y que todos llevamos en la memoria como imágenes familiares y divinas, toman forma viviente y material ante nosotros. Así hemos visto aparecer las esculturas que ya eran para nosotros antiguas amistades: el Hércules y el Torso Farnesio, la Juno, la Venus Calipigia, la Venus Vencedora, Orestes y Electra, Harmodio y Aristogiton, los Balbos, los bustos imperiales... Mas para el que viene de Roma, el verdadero interés de este

museo consiste en ser el receptáculo de los restos más importantes encontrados en las excavaciones de las ciudades que sepultó el Vesubio; singularmente las pinturas pompeyanas y los bronceos de Herculano y Pompeya. No creo que la gracia, como noción de modalidad estética, pueda ofrecer plasmación superior a la *Venus arreglándose el cabello*, o a la *Victoria alada*, o al *Mercurio en reposo* y al *Fauno* y el *Sileno borrachos*. En cuanto a las pinturas, tienen una superioridad de valor sugestivo sobre su puro valor artístico, porque se enlazan más directamente con la decoración doméstica y la vida familiar. Ya hablaremos

de esta sugestión al referirnos a Pompeya. Pero digamos ahora que esas pinturas no producen ya una fuerte sorpresa admirativa al visitante que ha visto en Roma los frescos de la *Casa de Livia* en el Palatino y las *Bodas Aldobrandinas* en la Biblioteca Vaticana. Muchas de esas pinturas pompeyanas se encuentran en el famoso Museo secreto, cuya sugestión intentaré unir a la que íntegramente me produjo la visita a la ciudad desenterrada.

Sin duda, la Pinacoteca de Nápoles tiene bellísimos ejemplares de las grandes escuelas italianas, como la célebre *Danae* del Tiziano, una *Madonna* y un

Descendimiento de Rafael, la *Zingarella* del Corregio, junto con otro de sus *Matrimonios místicos de Santa Catalina*, que me gusta menos que el del Louvre. Pero el interés principal está en el conocimiento sintético de esa escuela napolitana en la cual terminó la gran tradición pictórica de Italia. Nápoles recibió de Bolonia y de Roma la representación de esa decadencia, predominio definitivo de la extensión sobre la intensidad, de la facilidad y la abundancia sobre el arduo vigor, y del *patetismo* sobre la serenidad. Para los españoles, el interés de la escuela napolitana radica sobre todo en que fué uno de nuestros pintores quien la elevó a suprema expresión: Ribera. El añadió a las valoraciones de luz y sombra del Caravaggio y a la intención escénica de los boloñeses la huella de la tradición española, vigorosa y trágica. Por esto, sin duda, cuando quiso estilizar asuntos clásicos, como ese *Sileno* del Museo de Nápoles, produce un agrio contraste del tema con la factura.—Si España dió a Nápoles este pintor, verdaderamente fuerte, Nápoles dió a España, para abundantes decoraciones palatinas, su Luca Giordano, personificación de la facundia y de la abundancia suntuosa.—Así también Venecia había de darnos luego su Tiepolo.

Para completar una visión sintética de Nápoles hay que ascender hasta la antigua cartuja de San Martino, junto al castillo de San Elmo. Atravesamos, ya casi indiferentes, el pequeño museo adjunto al convento. Lo que nos interesa es salir al balcón, abierto sobre uno de los más soberbios panoramas que ojos humanos puedan contemplar. ¿Intentaré describirlo? Apenas me siento ya con fuerzas para ello. La bahía de Nápoles abre sus perspectivas mil veces cantadas, acogiendo el lejano vuelo de las islas, Caprí, Ischia, Procida, esfumadas en la neblina. ¿Qué velo cubre nuestra visión, cayendo desde la altura? ¿Es la calma? ¿Es, realmente, una leve niebla que sube del mar? No. Es la humareda difusa del Vesubio, que eleva la ofrenda sin fin de su incensario y la abandona al viento de las alturas para que se esparza como una gran cabellera, desde el golfo de Salerno al cabo Miseno. Los pueblos que se extienden sobre la gran curva de la bahía tienen nombres llenos de sugestión y recuerdos, desde Sorrento y Castellammare a Pozzuoli y Baia, llena de la memoria voluptuosa del patriciado decadente romano, como aquel Dolabella fustigado por Cicerón. Nápoles, a nuestros pies, eleva el rumor de su vida, como un cántico informe, vagamente percibido. Allí, en el fondo, los Apeninos se diseñan... Y un ímpetu irresistible hacia la vida, una gran sed de inmortalidad nos invade. Pero inmortalidad terrena, vinculada en esta tierra selecta, que se nos ofrece como una Danae, sobre la cual se vierte la lluvia de oro flameante del sol y el serpenteo simbólico de la columna del Vesubio.—Todo el sentido vital de la cultura clásica penetra en nuestras arterias, hecho sangre, como el descifrar de una vieja escritura sagrada...

Gabriel ALOMAR

NOTA.—Como no tengo la intención de abandonar mis acostumbradas críticas literarias, me propongo, desde el próximo lunes, alternarlas con estas impresiones de viaje por tierras clásicas, hasta que pueda reanudar exclusivamente mi labor de crítico.—G. A.

LAS NOVIAS LEJANAS

Viejas miniaturas de marfil, pinturas que copias antiguas, nobles hermosuras de exquisito encanto, que el tiempo hace incierto: flota en vuestros ojos, que esplenden dulzuras, la melancolía de lo ido y muerto.

Pálidos retratos, lienzo desteñidos, rostros señoriales, bellos y pulidos, que una fina y vaga sonrisa mostráis: desde los galanos años fenecidos, con qué ingenuo gesto de amor nos miráis.

Novias de los lindos versos lisonjeros que rimaron unos gentiles copleros para vuestro dulce favor implorar, y eran en los labios de los caballeros mariposas que iban la miel a buscar.

Amadas doncellas, ¿adónde habéis ido? Graciosa damita de rostro florido, para el que ahora os mira, ¡qué lejos estáis! De vuestra adorada belleza, ¿qué ha sido? ¡Con qué sed risueña de amor nos miráis!

Fué en el bello siglo de amor sin igual; musitaba el aire como un madrigal; grata era la culpa, dulce la traición; una flor valía la corona real, y era una sonrisa o un beso un blasón.

Entonces vivisteis la fábula de oro, el mágico cuento, de ritmo sonoro, que al alma le cuenta, temblando, un afán... ¡Oh, novias lejanas! ¿Qué fué del tesoro de vuestras sonrisas, que muertas están?

¿Qué de vuestras rubias, brumas cabelleras? Las flores amigas de cien primaveras sobre vuestro blanco sepulcro pasaron, y al ver sin cabellos vuestras calaveras, por vuestra hermosura, de pena, lloraron.

De vuestras promesas de amor eternal, de vuestros ensueños de gloria nupcial, sólo sabe el aire leal de la nada. Amor es un pobre sueño fantasmal que hace por la tierra su fugaz jornada.

Y ahora, desde el óvalo de las miniaturas desde el fondo oscuro de viejas pinturas, nos miráis con ojos de encanto infantil, y nadie os diría muertas hermosuras ante el gesto que hace viviente el marfil.

En una sonrisa feliz, encantadas hubo de dejaros, ¡oh, novias amadas!, la Muerte al besaros, igual que un galán, y esas son las bellas sonrisas veladas que en las miniaturas perennes están.

J. ORTIZ DE PINEDO

LA GENTE DE MAR



PESCADORES DE CAPARICA SACANDO UNA BARCA

La playa de Caparica se dilata en una onda extensa, interminable, abrazando el ángulo que la orilla Sur del Tajo forma con la costa del Atlántico.

Sin rompeolas, sin arrecifes, sin acantilados, sin peñascos, sin ningún artificio pintoresco como las célebres de Cascaes, Rocha, San Martinho do Porto o Nazareth, la de Caparica es una playa llana, mansa, suave, con un gran encanto de playa verdadera; quiero decir de playa sin otra belleza natural que el mar y el cielo, confundidos a lo lejos en una comisura abrigada por el sol poniente.

Agua, cielo y arena.

Agua, como en alta mar: sin límites. Cielo, como el de los navegantes: sin límites. Arena, como en el desierto: sin límites.

Todo lo demás parece allí desvanecido, humillado, diminuto, ante la grandiosidad sublime del arenal terso, ni siquiera alterado por las dunas; del horizonte soberbio, infinito; del Atlántico imponente, que apenas se hincha en lenta y larga y muelle ondulación: el caserío blanco de los pescadores diseminado por la playa; las barcas mecidas con acariciadora complacencia por las olas como barquichuelas de juguete; los hombres minúsculos, perdidos aquí y allá en sus labores de pesca.

Sobre la arena rubia, frente al mar azulado, bajo el cielo profundo, todo surge, por comparación con la inmensidad imponderable de la Naturaleza, en parva y mezquina miniatura: casitas, barquitas, hombrucitos.

El contraste de esas playas, que son pueblos con una playa, con esta de Caparica, que es una playa con un pueblo, explica la original condición de esta gente de mar, tan diferente de la gente de costa.

Aquellos pescadores de los pueblos costeros portugueses que frecuenta el turista, son hombres de la costa, entre el agua y la tierra. Si el mar los hizo fuertes, taciturnos y audaces, la tierra los contagió de su alegría, los convirtió en comunicativos, los pulió y alisó el espíritu aventurero. Viven en la tierra, y salen al mar. Se embarcan cantando. Regresan entre charlas y risas.

Estos otros, no. Son hombres de mar. Viven en el mar, y vienen a tierra. Desembarcan tristes. Embarcan silenciosos. El mar los ha hecho duros y rígidos co-

mo mástiles, reservados y huraños, sin que la fugaz permanencia en la tierra atenuara su rudeza nativa. Aman, sobre todas las cosas, el riesgo, la aventura, lo desconocido, que es para ellos lo más conocido.



MOMENTO DEL «ARRASTRE»

Tañ del mar son, que una hora que hayan de estar en tierra la comparten también con el mar. Duermen en las barcas encalladas en la arena. Comen su ración de pescado sentados en el bauprés de sus viejos navíos. No se ocupan en los ratos de ocio en oficio que no sea remendar las redes, zurcir la lona de las velas o atar los cabos de las jarcias.

Para ellos la tierra sólo es aquel momento justo, preciso, del «arrastre» de la red. Únicamente entonces, para arrancarle su tesoro al océano, es cuando clavan de veras los pies desnudos en la playa. Los clavan como para echar raíces.

Es, entonces, cuando parece que, saltando del mar, caminan tierra adentro..., pero siempre sujetos, ligados, unidos al mar, como una continuación del mismo mar...

Declina el sol cayendo luminosamente hacia el fondo sin fin del horizonte. En ese punto adquiere el cielo una rosada coloración de farol japonés.

Sin esfuerzo, como traídas amorosamente por las olas, llegan a Caparica las barcas pesqueras en forma de media luna, con ambos cuernos afilados, batien-

do los remos, semejantes a patas de insecto.

Nada tan sugestivo como estas barcas de graciosa curvatura, groseramente pintadas, que recuerdan el gusto oriental. Se llaman «Pombo», «A María», «A Severa», «Flor de mar», «Lus de luar» y otros nombres poéticos e ingeniosos que la sensibilidad infantil de estas gentes, corpulentas y torvas, acaricia con delicado mimo. Toda su cálida imaginación de hombres meridionales se ha desbordado en el fantástico adorno de sus barcas, cubriendo los cascos de complicada y estridente policromía... Y así, parecen, más que barcas de pescadores, góndolas misteriosas, como esas que se pasean por los lagos en los cuentos de «Las mil y una noches».

Pero ya han saltado a la playa los doce o los veinte tripulantes, en mangas de camisa, con los pantalones arremangados por mitad de las piernas.

Comienza la faena del «arrastre».

Puestos en fila, uno detrás de otro, tiran del cable de la red, valiéndose para la operación de una especie de honda, cruzada al pecho, cuyo extremo enlazan a la cuerda con un ligero restallido. Son

de nuevo, recorriendo el camino centenares de veces.

Es una faena seguida, pesada, fatigosa, que hace crujir los abultados músculos de los pescadores y les arranca gotas de sudor por debajo de las «carapussas» de estambre o los sombreros de fieltro con las alas caídas.

Pasan unas horas de inabarcable esfuerzo, mientras la cuerda, chorreando agua, emerge del mar tensa y negra, con los grotescos colgajos de los odres hinchados, que hacen de flotadores.

Están solos en la playa, alumbrados a contraluz por los rayos, ya rojos, del crepúsculo. Pero de pronto, rompen solemne silencio vespertal unas risas niño. Son los hijos de las pescadoras que acuden con golosa impaciencia a coger los peces que puedan escapar de la malla.

Ya está la red a la vista. Ahora hay que empujar la pesca con los pies para amontonarla en lugar seguro.

Se ha hundido por completo el sol. Y las sardinas brillan con destellos de plata en coleteo desesperado sobre la arena húmeda.

Un instante de griterío, de carreras, de brinco, que comparten los chiquillos harapientos y los perros de a bordo. La subasta. El júbilo por la jornada espléndida, que es pan para todos. Quizás las maldiciones por la pesca escasa.

Y otra vez la soledad de la playa. El silencio de la noche que empieza.

Los pescadores regresan a sus barcas, donde arde crepitante el fogón de barro en espera del pescado fresco. Después, bajo la improvisada toldilla de la proa, recostados en los aperos de trabajo, sin desnudarse, con el sombrero echado en la cara, a aguardar la madrugada para repetir la labor. Otro viaje sin rumbo, hacia el misterio cada día más entrañable y deseado del mar constantemente nuevo...

Gente de mar, que no sabe separarse del mar, que no sabría vivir sin el mar, y que no sabría ni morir fuera del mar.

¡Qué gloriosa la muerte de aquel viejo pescador de Caparica tragado por el Atlántico, después de noventa años sobre las aguas que le habían dado la vida y se lo llevaron, al fin, como una cosa suya...!

GIL FILLOL



LA RED A LA VISTA

LA LAMPARA DEL SOLDADO

CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

ERASE un rey, gran conquistador, que por un sí o por un no declaraba la guerra o, mejor dicho, enviaba a la guerra a sus soldados.

Un día, porque en una fiesta de palacio un embajador extranjero le pisó, sin querer, el monarca se apresuró a enviar un terrible ultimátum al soberano del involuntario culpable, y acto seguido le declaró la guerra.

Nuestro rey—vamos, el del cuento—tenía excelentes soldados; pero entre todos ellos se distinguía un tal Valeroso Valiente, verdadero héroe, que más de una vez ganó batallas por su heroísmo extraordinario y su fuerza descomunal.

Aquella vez, Valeroso no tuvo suerte: el primer encuentro un pedazo de nada le quitó un brazo; el soldado a la tienda de campaña del rey y le que le licenciara.

Licenciarte, por un brazo menos—exclamó el rey—. ¿Estás loco o te has vuelto cobarde?

Valeroso agachó la cabeza y volvió al campo de batalla, donde, a los pocos minutos, ¡zas!, un sablazo le cortó una pierna; cojeando volvió hacia el rey, que frunció el entrecejo:

—No tienes motivo de queja—le dijo severamente—; ya que sólo te quedaba un brazo, justo es que tampoco te quede mas que una pierna.

Y Valeroso, ocultando su fastidio, volvió a ocupar su puesto; pero estaba de malas, pues no tardó en recibir un balazo que, ¡pum!, le atravesó el pecho de parte a parte.

Esta vez el rey le recibió con una sonrisa.

—Tengo un medio admirable de curar esa herida—le dijo.

Le colocó encima una cruz muy linda y el soldado aún tuvo que dar las gracias antes de volver a partir. Pero apenas tuvo tiempo de hacer unas cuantas hazañas, cuando, ¡crac!, perdió la segunda pierna, como había perdido la primera, y, arrastrándose, fué de nuevo a pedir la licencia.

—¿Acaso necesitabas piernas para manejar el sable o tirar tiros?—dijo el rey, enojadísimo.

Valeroso reconoció que tenía razón y se encaminó de nuevo hacia el campo de batalla, donde, apenas hubo llegado, ¡zas!, perdió el brazo que le quedaba.

Cuando se presentó de nuevo ante el monarca, éste lo tomó muy a mal.

—¿Cómo!—exclamó—. ¿Tendrás la desfachatez de abandonarme mientras te queda la cabeza intacta?

Pero el pobre Valeroso se negó tan rotundamente a perder la cabeza, que el soberano, indignado, gritó:

—Vete; pero, en castigo por tu cobardía, no cobrarás un solo céntimo de tu soldada.

Valeroso se arrastró penosamente hasta un bosque cercano, y viendo brillar una luz entre los árboles, fué a pedir hospitalidad a una pobre cabaña; una vieja salió a abrirle.

—Pasa—le dijo—; además de ofrecerte lecho y comida, te voy a poner cierto ungüento que curará todas tus heridas y te devolverá los miembros perdidos, con la sola condición de que mañana bajarás al pozo de mi jardín y me traerás una lamparita verde que dejé caer en él.

El soldado aceptó—no necesito decir con qué entusiasmo—, y la vieja—para que era algo bruja—le untó todo el cuerpo con su famoso ungüento y le mandó, como si tal cosa; al

otro día, cuando Valeroso se despertó, se encontró con que tenía, de nuevo, las piernas y los brazos.

—Ahora, cumple lo prometido—dijo la vieja.

Le hizo entrar en un cubo del agua y le bajó al pozo; en el fondo había, en efecto, una lamparita con una llama verde, que brillaba de un modo singular. En seguida la vieja le hizo subir, y, al aparecer el mozo, ella tendió la mano para coger la lámpara.

Valeroso, sin ser brujo, no era ningún tonto, y vió que la intención de la mujer

to, y sin hacer preguntas ni manifestar asombro, Valeroso ordenó con altivez:

—Sácame de este pozo.

El enano tocó la piedra del muro, que se apartó, descubriendo un ancho boquete; y un pasillo oscuro, iluminados por la lamparita misteriosa, el soldado y su guía le recorrieron y llegaron a una cueva llena de enormes cofres. Valeroso quedó estupefacto al ver que reboaban oro y pedrerías.

—Estos tesoros pertenecían a la vieja, hasta ahora; son tuyos, puesto que tú tienes la lámpara mágica—declaró el

ja, llamada Imperia, tan orgullosa como bella; tráemela esta noche; desco que me obedezca cual humilde criada.

Llegó la noche y el enano trajo a la princesa, dormida, y la depositó sobre un sofá; al amanecer, Valeroso la despertó brutalmente:

—Arriba, holgazana: a trabajar.

Imperia abrió sus grandes ojos negros y le miró, atónita.

—Friega los suelos—ordenó Valeroso.

La princesa, sin chistar, cogió una bayeta y empezó a fregar el suelo.

—Límpíame las botas—ordenó luego «su amo».

Imperia cogió el cepillo y el betún, y obedeció; luego, quitó el polvo con unos zorros, cepilló la ropa, hizo los desayunos. Al fin, Valeroso la autorizó para que se volviera a dormir, y entonces el enano vino por ella y se la llevó de nuevo al palacio real.

Cuando el rey entró a visitar a su hija, Imperia se arrojó en sus brazos.

—¡Ay, papá, qué horrible pesadilla he tenido!—dijo—; he soñado que me hallaba en casa de un hombre, llamado Valeroso, que me obligaba a servirle como una criada.

Entonces el rey notó que la princesa tenía un trozo de estropajo enganchado en su collar de esmeraldas y una enorme mancha de betún en su corpiño bordado de perlas.

—No ha sido un sueño—gritó, furioso—; ese Valeroso es un miserable, que no tiene ni piernas ni brazos y...

—No, papá—protestó la princesa—; lo que no tendrá pies ni cabeza es lo que ha hecho conmigo; pero lo que es él...

El soberano no la escuchó, y mandó que buscasen al antiguo soldado. Como en aquel país la policía estaba muy bien organizada, a los pocos momentos Valeroso Valiente apareció, encadenado, ante el rey.

—¿Eres tú, miserable, quien ha tenido la osadía de rebajar a mi propia hija, la princesa Imperia?—gritó el rey—. Mañana serás decapitado.

Y Valeroso fué encerrado en un calabozo húmedo y sombrío. Pero ya supendrás que Valeroso tenía su lamparita en el bolsillo; encendió su pipa y el enano apareció, solícito, y recibió de su amo órdenes misteriosas.

Al día siguiente, Valeroso fué conducido al patíbulo, ante toda la corte, presidida por el rey y la princesa.

Pero en el momento en que el verdugo alzaba el hacha, ¡zas!, los brazos se le cayeron al suelo, y lo mismo les ocurrió a todos los que estaban allí. Todo el mundo quiso huir; pero en aquel instante, ¡zas!, todos se quedaron sin piernas. El rey rugía de rabia; la princesa lanzaba gritos de terror; todo el mundo se lamentaba, gemía, lloraba, amenazaba, y Valeroso se reía con toda su alma.

—¿Te enteras ahora—dijo al rey—de lo a gusto que se está así? Podía dejarte, como estás, toda la vida, en castigo de tus crueldades; pero, en fin, consentí en devolver piernas y brazos a ti y a toda la corte si me prometes dos cosas: la primera es no volver en tu vida a hacer la guerra; la segunda es concederme la mano de tu hija.

Y el rey no tuvo más remedio que aceptar.

Valeroso y su esposa vivieron muy felices y llegaron a ser unos reyes justos, benévolos y, sobre todo, pacíficos.

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI



era dejarle caer de nuevo en cuanto tuviese la lamparita.

—El haberme devuelto mis brazos y mis piernas, a cambio de esta lámpara—pensó—, no le da derecho a dejarme morir; luego en el fondo de un pozo.

Y declaró que le daría la lámpara solamente cuando se hallase en tierra firme.

—¿Ah, sí?—gritó la vieja, furiosa—; pues quédate donde estás.

Soltó la cuerda, y, en menos tiempo del que necesito para escribirlo, Valeroso se encontró en el fondo, por fortuna, ileso y con la lamparita en la mano.

—Tomemos las cosas con calma—se dijo.

Y para distraerse encendió la pipa en la llamita verde. En el mismo instante, ¡oh, sorpresa!, un enanillo microscópico apareció ante él.

—Manda, señor—dijo, inclinándose con respeto—; soy tu esclavo.

Mandar es cosa que se aprende pron-

enano—, y te seguirán hasta tu casa.

—Mi casa—exclamó Valeroso—; ¿y de cuándo a esta parte tengo yo casa? ¡Ay, si la tuviera!...

—Tus deseos son órdenes—interrumpió el enano—. Ven.

Chiquirritín y todo como era, le cogió debajo del brazo; el soldado cerró los ojos, y cuando los abrió de nuevo se hallaba en un palacio magnífico; a su lado estaban los cofres prodigiosos; ante él, el enano, inclinado.

—Vete, esclavo—ordenó el soldado, recobrando toda su altivez—; ya te llamaré cuando te necesite.

Pasó unos días deliciosos visitando su palacio, paseando por su jardín, dando órdenes a sus criados y probándose trajes de raso y terciopelo. Luego, pensó en lo grato que le sería vengarse de su cruel soberano, y encendió su pipa en la llamita de la lamparita mágica. El enano apareció.

—El rey—dijo Valeroso—tiene una hi-

SOR JUANA INÉS

NOVELA EJEMPLAR ORIGINAL DE DIEGO SAN JOSE

Alto ejemplo de contrición y discretísima dama, con la que distraíanse muy bien sus hermanas de clausura, por la sal de su buena charla y gracioso desparpajo, fué siempre sor Juana Inés. No anidaba en su espíritu amplio (un poco impropio del tiempo en que vivía) aquella simple parsimonia que parece cosa necesaria e imprescindible en la vida contemplativa.

Sor Juana era todo optimismo, clara como las focas que cubrían su bizarrísimo cuerpo.

La luz del cielo, al través de las celosías, iluminaba su celda, que no era un cuchitril sombrío como los que suelen verse en los lienzos devotos, orlados los muros de tetricos cuadros, instrumentos de penitencia y atributos de la Muerte. Un magnífico crucifijo, nada espartano, labrado en marfil por algún maravilloso artífice de la escultura religiosa, estaba enclavado frente a la puerta que daba al claustro. A los pies de la veneranda imagen siempre había flores recién cortadas, y en una lámpara de plata, llena de aceite oloroso, ardía constantemente una luz que iluminaba la empalidecida faz de la efigie.

A la otra parte de la estancia, junto al dormitorio, admirábase un buen retrato, que representaba a un caballero, ya anciano, en cuyo pecho estampábase, sangrienta, la gallarda cruz del Orden de Santiago.

En unas alacenas de ébano, cubiertas por cortinillas verdes, guardaba las más bellas flores que hasta entonces habíanse cortado en el jardín del ingenio hispano.

Junto al Cántico espiritual, de San Juan de la Cruz; La imitación de Cristo, del divino Fray Luis; Las moradas y Camino de perfección, de Santa Teresa, estaban La Dorotea, El peregrino, La gatomaquia y algunas comedias de Lope de Vega; Los sueños y El buscón, de Quevedo; el Quijote, de Cervantes, y El diablo cojuelo, de Vélez de Guevara.

Todos eran buenos amigos de la reverenda madre y con todos gustaba de holgarse, sin que de ninguno tuviese que temer el mal pago que, por hombres de carne y hueso, pudieran haberle dado sus ilustres autores.

Tampoco faltaba en la estancia un clavicordio, en el que solía rendir culto a la música, hermanando muy bien las místicas melodías de Salinas, Cabezón, Felipe Ruiz y Victoria con las últimas tonadas (como ellas aviniéranse con ser limpias y honestas) cantadas en los corrales escénicos de la corte.

Así, en las tardes desapacibles, que la crudeza de la estación no consentía que las apacibles esposas del Señor bajasen a recrearse en la huerta, las menos ape-

gadas al misticismo exagerado que prohíbe todo solaz, por inocente que sea, congregábanse en la celda de sor Juana, y por las bellas celosías de la música asomábanse un par de horas cada tarde a los olvidados caminos del mundo.



La piedad de los reyes mostraba notable afición por aquel monasterio, que tenía origen real, pues que una prince-

de bureo con sus ribetes de cortesanía.

El monarca, que siempre solía dar unos pasos de contrapás con la priora, por hacer más grande honor al honesto bureo, bailaba después con la novicia más bizarra; pero ya había unas cuantas veces que esta fineza la dejaba para sor Juana Inés, y no acababa tan presto como recomendaba la rigurosa etiqueta palatina.

El bueno de Felipe III, con su exterior

diese al traste con el antiguo poderío hispano.

Entretenido Felipe en el tapetillo verde, donde se dejaba ganar lo que los sufridos españoles sudaban para él, en forma de impuestos, gabelas y almojarifazgos, para nada hacía cuenta de atender a la salud de sus Estados y dignidad de la corona.

Gustaba de las aventuras fáciles con las damas de la reina; pero parece que su espíritu pacato no se atrevió, como su hijo, más allá de las cámaras palatinas.

No tuvo la audacia de Felipe IV, que en toda parte hallaba ocasión para rendir culto y pleitesía a la carne pecadora, y cuando antojábasele que el mundo palatino era reducido campo para sus aventuras libidinosas, no mostraba empacho en acudir a los místicos rediles donde guarda el Señor sus más preciadas ovejas.

Recuérdese a este propósito el paso, entre comedia y leyenda, que pasó en el monasterio de San Plácido.

El nieto del César no osaba a tanto, aun cuando en sus diarias visitas a los conventos cortesanos topaba con bizarrísimas retiradas del mundo; cierto que no dejaba de mostrar su admiración por lo que Dios guardaba para sí, y alguna vez que otra llegó a desgranar un madrigal cortesano al oído de alguna bella novicia; pero no se le ocurrió pasar adelante con la aventura. Pensaba que detrás de ella estaba el pecado mortal, y con esto, a sabiendas, no transigía.

La tarde en que al autor le conviene que se comience la acción de esta novela, en la que la soberana dar con el presidente del jo de Castilla, el monarca sor Juana llevaban sado ritmo de su los confines del vamento.

El soberano no discreto, pues la sonrisa y el rostro un airebolado de la monja daban muestras de escueta recomendaciones piadosas y jaculatorias a lo divino.

Sin duda que su majestad se lamentaba de no haber encontrado antes a la reverenda madre entre las damas de Palacio, sirviendo a la reina, que en los claus-

tros de un monasterio, ofreciendo su vida al Señor.

Ciertas debían ser estas sospechas, porque en una de las vueltas no faltó quien oyera responder a sor Juana, aludiendo seguramente a la costumbre palatina de que las damas de los reyes finasen sus días como esposas del Señor:

—Por ese camino no hubiese dejado de encontrarme vuestra majestad en este mismo sitio o en otro parecido; demás que las damas de mi casa no llegaron nunca a tan bajo que se mancillen con



sa de la sangre, hija de César, fué quien le fundara.

Don Felipe III y su devotísima consorte, doña Margarita, que parecía asistir en la Tierra de paso para la eterna vida, acudían a pasar las más de las tardes en la sala capitular de las amables monjitas descalzas.

En las fiestas solemnes, los devotos monarcas y su lucido séquito, después de la ceremonia religiosa, tenían privilegio para quebrantar la clausura, y luego de comer, no nada penitencialmente, con las esposas de Dios, tenían un poco

pacato y beatífico, gustaba de recrearse en el fuego de unos ojos negros o azules y en la bizarría de un cuerpo bien hecho.

No era todo austeridad en aquel monarca, como se empeñan en demostrar sus historiadores más parciales. Tenía, eso sí, mucho de hipócrita, y procuraba, hasta donde le era posible, que no trascendieran sus flaquezas.

Harto sabido es que por curar poco de su regio menester y embargarse ahincadamente en fiestas y bureos, trajo la ruina del reino, y en poco estuvo que la codicia de Lerma, Uceda y Sieteiglesias

ser mandabas de un rey; por amor, quién sabe si arrojábanse en los brazos de un lacayo; por cálculo ni codicia no alzarán del suelo la perla *Peregrina* de la corona de España, que cayera a sus pies...

Acabó el baile, y dejando el regio galán a la gentil pareja en su sitio, dirigióse al estrado, a juzgar por la seriedad de su rostro, no tan complacido como descendiera de él.

—Dénme de beber alguna cosa—dijo.

Un paje, rubio y blanco, de apuesta gentileza, que más tenía de doncel que de muchacho, apareció a poco con una magnífica salvilla de plata repujada, sobre la que venía un cristal de Bohemia lleno hasta las heces de agua naranjada con azúcar, que era bebida predilecta del soberano y sabía preparar de manera primorosa el famoso Fernández Montañón, dueño y señor de las regias cocinas.

Casi toda la comunidad puso los ojos en el gentilísimo efebo; pero no se entendía, bellacamente, que ello fuese pecaminosamente, sino encendidos por una curiosa observación que corrió de boca en boca, desde la madre abadesa hasta la última novicia.

Aquel muchacho semejaba a sor Juana como una gota de agua a otra.

Tampoco faltó entre el séquito soberano quien notara la notable semejanza de la monja con el paje de su majestad. Solamente los dos parecidos no habían parado mientes en tan curiosa circunstancia.

Cuando terminó la fiesta y las buenas profesas acudían al coro, no faltó alguna que, entre rezo y rezo, dijera a sor Juana:

—Perdone la curiosidad, que al fin y al cabo más es interés: ¿Tiene por acaso en el mundo algún hermano mozo? Dígolo—replicó la curiosa—porque no sé si habrá reparado esta tarde en aquel paje, rubio como un oro y blanco como la aurora, que sirvió el refresco al rey. Era vuestra misma cara, y hasta ese mo-
hín gracioso que tiene la hermana cuando finge asombrarse le observé también en el rapaz, una vez que otro camarada le habló no sé qué al oído.

—Coincidencias que consiente el Señor—respondió sor Juana.

—En hacer más caso a la compañera, vió el rezo, con harta más devoción, menos gangosaría que todas.

La tornera dormitaba confiada a la vera del torno, por donde en cuando venían los resabios ando.

En el rosario entre las manos, bien apoyada sobre el brasero, en invierno, junto a una ventanica abierta, que daba al claustro, en verano, miraba pasar los días de un ya largo vivir sin pena ni gloria.

Colgadas en sendas esarpías al alcance de la mano, y sobre una alcarraza llena de agua clara y fría en todo tiempo, había hasta tres jarrillas talavereñas, que valían para dar la sangre cristalina de la tierra a todo sediento que se llegara a pedir por amor de Dios.

Quiénes únicamente sacaban de quicio a la buena tornera eran los pícaros y gallofos que, llegándose a pedir agua, luego da bebedura sin decir, por vía de agradecimiento, «¡Dios se lo premie!», alzaban con la vasija.

Razón tenía la hermana en proponer que en lugar de recipientes de barro pusieran de hierro, sujetos con una cadenilla para que no les pudieran llevar.

Mal que le pesase, y aun sufriendo la pérdida de las jarrillas, habría de atender a cuantos llegasen, pues el agua es gracia de Dios que no puede negarse ni aun a la criatura más abyecta y des-
aprensiva.

Una de las tardes en que más desesperada hallábase la hermana Dorotea—que éste era su nombre—, porque habíale llevado cinco jarras, llamaron al torno, y pensando que fuese otro gallofo, hecha un verdadero basilisco, abrió la mirilla y gritó:

—No hay más, que se ha secado el pozo. ¡Dios le ayude!

—Mire, madre—dijo el que llamaba—, que no pido agua, aunque le agradezco la intención.

—Pues ¿qué quiere entonces?—preguntó de nuevo la vieja.

Y entre ella y el que llegaba se cruzó este brevísimo diálogo:

mor de las avemarías de cerezo pasadas entre sus sarmentosos dedos.

El mozo quedó, por un buen espacio, en el zaguán, y al cabo, lanzando una mirada y un suspiro a la puertecilla que comunicaba con el claustro, salió a la plaza, torció a mano diestra y subió lentamente, como quien tiene el ánimo muy embargado, hacia el postigo de San Martín.

Sor Juana Inés tenía tanta ascendencia entre sus hermanas de clausura, que para ella no solían existir aquellas trabas y etiquetas monásticas que para las demás. No acababan de considerarla profesas atada al altar con todos los votos que ellas hubieron de jurar cuando dejaron las veredas del mundo por la paz del Señor.

Así, la carta que entregara aquel des-

de muerte, diéronse todas a cominear (mujeres, al fin) de qué pudiera manar semejante patatús.

Nunca, hasta entonces, habían visto turbada la tranquilidad de su hermana en el amor de Dios, y así el suceso imprevisto llenábase de tales confusiones, que estoy por decir que distraíales notablemente de sus contemplativos menesteres.

Cuando, pasados dos o tres días, se repuso sor Juana del accidente, no parecía la misma. Aquella franqueza y gentil donaire, tan peculiares en ella, habían desaparecido casi totalmente. Por más que se empeñaba en disimular, no era la misma de antes.

La vida monástica de sor Juana Inés sufrió tan rudo cambio, que sus hermanas de devoción la desconocían.

Hasta llegaron a pensar si el *Enemigo* habríase enamorado de su bizarro cuerpo y estaría dentro de él haciendo estragos para llevárselo, junto con el alma, a los profundos infiernos.

Si asistía al coro (que las más de las veces excusábase con hallarse tomada de una cruel jaqueca), no estaba con devoción y trabucaba los rezos de *completas* con los de *matines*.

No bajaba a la huerta a entretenerse, como solía, en la grata compañía de un libro, ni en su celda celebrábase ya aquellas discretas academias de que tanto gustaban las buenas monjitas.

Contestaba desabridamente cuando preguntábanle las causas de su melancolía. De su bella faz desapareció aquella encantadora sonrisa que valía por heraldo de todas sus palabras.

La tornera, gran parlanchina, que se desquitaba de las rabietas que hacían pasar los ladrones de jarras contando cuanto del mundo afuera pasaba ante las rejas de su mirilla, murmuraba que el cambio de sor Juana coincidía con la lectura de aquella carta que ella recibió de manos de un apuesto galán.

El hombre había vuelto dos veces más; pero ella, viendo el efecto que su primera visita (siquier fuese epistolar) había hecho en la niña mimada del convento, no le pareció prudente hablar más del caso.

Por más de una semana fué objeto de la cominería monástica la incomprensible tristeza de la monja, y a buen seguro que por saber la causa hubiesen dado calabazas al divino prometido más de cuatro novicias y aun alguna que otra esposa antigua le hubiese dejado en mal lugar.

Como una sombra cruzaba los claustros sor Juana para ir al coro o al rectorio, y en este breve paseo apenas si se advertía el eco de sus pisadas sobre el embaldosado pavimento.

La venerable priora se creyó en el caso de inquirir las causas de aquel cambio de conducta, pues, sin menoscabo de la disciplina monástica, no podía tolerar por más tiempo aquella vulneración de las prácticas religiosas.

Y una mañana, después de misa mayor, a la que sor Juana se excusó de asistir, la rabadana del místico redil entró a ver a la oveja enferma o voluntariosa.

La conversación fué larga e interesante por extremo. La priora no la esperaba, y así quedó en un mar de confusiones, sin atreverse a resolver por su parte. Era un caso irreductible de renunciación.

Sor Juana, llena de entereza y serenidad, parece que habló de esta ma-



—Saber si en este monasterio se halla una religiosa a quien llaman sor Juana Inés.

—Sí. ¿Qué ha menester de ella?

—Por el pronto, no más que entregarle esta carta.

—¿No sabe su merced que las recogidas en Dios no pueden recibir noticias del mundo?

—Este, madre, es un caso de conciencia, de la que depende la salud de dos almas.

—Siendo así, consultaré con la madre abadesa, y si ella lo estima justo, de aquí a poco espacio estará el pliego en manos de sor Juana Inés, como es vuestro deseo.

—Yo le ruego, madre, que así lo haga, y Dios se lo apuntará en el número de méritos para ganar el cielo.

—El le oiga. Si no tiene más que mandar, el Angel de la Guarda y el santo del día le acompañen.

Y tras esto, la hermana tornera cerró la mirilla y... siguió dormitando al ru-

conocido fué a sus manos sin sufrir el almojarifazgo de la madre abadesa.

Antes de determinarse a rasgar el sobrescrito estuvo mirando por mucho espacio. Hacía tanto tiempo que no la escribía nadie, como no fuese para darle noticia de alguna desventura familiar...

Al fin, cayeron rotas las obleas que hacían de guardianes con el misterioso billete.

Algo extremadamente grave debía ser ello, por cuanto, luego de ponerse más pálida que la cera, llevóse la mano al corazón y cayó como herida por un rayo.

Grande y desusado revuelo hubo entre las místicas palomas, que no sabían a qué causa achacar aquel insulto de sor Juana.

Atendióronla con todo cuidado y solitud, y llamado que fué el doctor que asistía a la comunidad, como supieran por él que la indisposición de la reverenda madre no traía aparejado trance

para, así como vió aparecer a la superiora:

—Sé a lo que viene, reverenda madre; hágame la merced de tomar asiento y escúcheme como si le hablase en confesión, aunque lo que voy a decirle me holgara de que saliese a los caminos del mundo:

«Yo, madre mía, renuncié al siglo, ha por ahora diez y seis años y dos meses, a causa de un infortunado tropiezo del que sólo el Señor supo perdonarme. Queríame casar mis padres con un rico hidalgo de Sigüenza, el cual, por la mucha edad que tenía, bien podía parecer mi padre y aun mi abuelo. Aparte de la gran diferencia de años y los muchos achaques con que mi forzado pretendiente ilustraba su vejez, mal podía yo mirarle con buenos ojos estando amartelada con cierto galán, camarada de uno de mis hermanos. Yo, en mis ansias de apartarme del viejo, cada vez arrimábame más al galancico, hasta que una tarde del abril florido vine a cobijarme en sus brazos, y allí fué mi desventura y la pérdida cruel de mi bien amado.

El amor había sido tan recio, que comenzó a germinar en deshonra para florecer, de allí a poco, en otra vida. Mis padres sacáronme de la corte hasta que fuese llegado el momento del trance, y mi hermano, queriendo limpiar con sangre la mancha caída en nuestro apellido, halló la muerte en los filos de la espada de mi amante; éste, a su vez, buscó la libertad en la huida, y, poniendo agua de por medio, fuese a Nueva España, sin que hasta la hora presente haya vuelto a tener noticias suyas.

Llegó el momento en que saliera a la vida el fruto de aquella pasión desgraciada, y ni aun besarle me dejaron mis carceleros. Dijéronme que Dios había hecho la merced de no dejarle vivir para que no caminase en el mundo con el peso de la deshonra. Lloré las primeras lágrimas de madre, y ya sin ningún amor que atárame a este valle de lágrimas, formé determinación de profesar en un monasterio tan pronto como hallárame en perfecta salud. Diéronme mis padres licencia para ello, a los que no había vuelto a ver desde el triste fin de mi desventurado hermano, y consagré a Dios mis días con la resignación y buena conformidad que vuestra reverencia sabe.

Aquietado el espíritu vivía, no pareciendo mal mis honestos resabios del mundo (que de los que aquí me trajeron si que hice absoluta y firme renunciación), cuando un papel, que esotra tarde me dió la hermana tornera, me ha arrancado el alma de aquí y me la ha vuelto al mundo...

Para mejor claridad de la narración, piensa el que la escribe que será bien suplir la charla confidencial de sor Juana Inés, refiriendo por separado, siquier sea en manera sucinta, la esencia de aquella carta que recibí de manos de la hermana tornera.

El fruto de aquellos amores no había muerto. Como acostumbraban a hacer los monarcas de entonces con sus hijos bastardos, apenas nacido fué separado de la madre y llevado a criar a un pueblo próximo a Madrid.

El abuelo no quiso que su nieto corriera la suerte de otros desgraciados que

vienen al mundo por la puerta falsa y viven después entre la compasión y el desprecio de las gentes.

Dióle por tutor al párroco de aquel lugar, a la margen de la corte, dejándole una pensión decente con que fuera atendida su crianza. Hasta los doce años vivió el muchacho en la aldea, gozando de completa libertad, pero no descuidado en su instrucción, pues que el buen clérigo le puso en camino de hacerse hombre de provecho.

Mas el incógnito abuelo pensó que más medraría su nieto educándole para palaciego que para sabio. La intriga ofrece más campo para medrar que el ingenio y la sabiduría. Hizole trasladar a Madrid, y tuvo influencia para colocarle de paje del rey.

El muchacho no sabía que aquel hidalgo enlutado y de verdosa color, como una figura de *El Greco*, que de vez en cuando le acariciaba y ofrecíale golosinas, era su abuelo; tenía por allegado del buen clérigo que cuidó en la niñez y empezaba a guiarle en la mocedad.

Una tarde corrieron rumores por las salas palatinas de que el noble viejo estaba enfermo de cuidado, y de allí a pocos días dióse noticia de que el Señor le había llamado a su reino.



Leandro (que así se llamaba el paje, sintió aquella pena con intensa pesadumbre; dijérase que la voz de la sangre le advertía de quién era el difunto, aunque la dicha voz era tan callada que no le pasaba del corazón...

Hizo como un examen de conciencia, o, más bien, resumen de su vida, desde el punto y hora que se vió en Palacio hasta aquel preciso en que le dijeron cómo había muerto su bienhechor.

Recordaba que estuvo unos cuantos días en su casa, un vetusto caserón enclavado en la Puerta de Guadalajara; allí no había más servidumbre que un rodrigón avellanado y seco, una dueña

quintañona que pasaba por ama de llaves y un paje de poca menor edad que la suya.

Aderezado un poco a uso de la corte, fué llevado a Palacio, donde quedó desde luego incorporado al cuarto de pajes de su majestad. Se conquistó presto el afecto de todos, y aun parece que el mismo monarca le cobró por esto afición y solía emplearle a menudo en su servicio.

Con los nuevos camaradas alguna vez tuvo que mostrar que, aunque criado en una provincia, no era tan simple como ellos se pensaban, y con media docena de puñetazos, que supo repartir a tiempo cuando diéronle una novatada de mal gusto, quedó la pajería como una balsa de aceite...

Por aquellos días escribióle el clérigo, diciéndole que pidiese licencia en Palacio y se pusiese en camino para la aldea, pues tenía que comunicarle algo

muy importante para el porvenir de su vida.

Hízolo Leandro, y tomando una mula de las reales caballerizas, sin llevar mas que lo preciso para tan corto viaje (corto, no por la distancia, sino por los días que hubiera de detenerse en él), puso por obra el ruego de su tutor y maestro.

Sentados, preceptor y discípulo, muy mano a mano, y teniendo muy bien cerradas las puertas de la estancia, previsión que enfadó no poco a la señora Jacinta, el ama de llaves de su reveren-

cia, recorrió el primero el misterio de Leandro, quien escuchaba sin osar levantar los ojos del suelo.

La inesperada narración hizole un efecto que le paró mortal. El pensábase que era sobrino del buen eclesiástico.

—Don Beltrán de Quirós, que éste era el nombre de tu abuelo, dejéme encomendado que, luego de que espirase, pusiera en tus manos estos poderes para cobrar su hacienda y te diera noticia de dónde podrás hallar a tu madre.

En las primeras horas de la mañana siguiente tomó Leandro sus papeles, y, luego de una tierna despedida, emprendió de nuevo el camino de la corte.

Tantos y tales pensamientos traía el mozo revueltos en su magín, que no sintió la incomodidad de la distancia, y entró por la puerta de Alcalá cuando ensombrecían la cortesana villa las primeras tinieblas de la noche.

En el siguiente día fué cuando acudió al torno del monasterio, llevando escrita aquella carta que dió al traste con la pasiva vocación de sor Juana Inés.

Tal fué el trastorno sufrido en la hasta entonces ejemplar esposa del Señor, que las dignidades de la Iglesia, enteradas del caso excepcional, porque no cundiera el mal ejemplo en el monasterio ni quedase profanado el santo lazo con el divino cónyuge, hubieron de mirar a romperle.

Y una limpia mañana de mayo se abrieron las macizas puertas de la clausura y sor Juana Inés volvió, por verdadera madre, a salir a la plaza del mundo, del brazo de su hijo; y como todavía llevaba en el fondo de su corazón un resto de misticismo, decía que cuando, por última vez, antes de salir de su celda, se prosternó delante de aquel magnífico crucifijo, el rostro de la imagen tenía una intensa expresión de dulzura, y que antojábasele que, en vez de tener alzados los brazos por la fuerza del tormento, los abría, en un ademán sublime de liberación...

Diego SAN JOSE

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

Los grandes éxitos de MUNDO LATINO

Ramón Pérez de Ayala.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL. Novela admirable, llamada a ser un acontecimiento su publicación.—Seguidamente, las obras completas de este gran maestro.

José Francés.

EL HIJO DE LA NOCHE, novela, digna hermana, por lo interesantísima, de las que tan grandes éxitos proporcionaron a su autor, ilustre académico: *La mujer de nadie*, *La raíz flotante* y tantas otras.

Si quiere usted leer libros de grandes autores, compre siempre los de MUNDO LATINO

Apartado, 502.—MADRID


Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.



Rosado Rivas

CARLOS COPPEL,
Fábrica de relojes.

Fuencarral, 27 - Madrid.
Certificado de garantía con cada reloj.
Catálogos gratis.



CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

SI
UN MILLÓN DE HOMBRES AFIRMAN LO MISMO
¿LO CREE USTED?

Pues son millones de hombres en el mundo entero que gastan las afamadas lámparas **TUNGSRAM (Budapest)**, corrientes y medio vatio, **LA MEJOR EXTRANJERA** que existe hoy.

GRAN NOVEDAD

Lámpara medio vatio, ampolla, cristal opalina (luz de la luna). Remesas en camino. Exíjase en todos los establecimientos de lámparas y en **MONTERA, 10.**

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

Droguería, Perfumería, Colores
FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)
SUCESORES DE EDUARDO DÍAZ HERRERA
Primera casa en barnices, esmaltes
y purpurinas de todas clases
Moraleja, 17-Madrid-Teléfono 1038 M.

MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17
AYALA, 60

MOTOCICLETAS ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO
PHILIPS
"ARGENTA"
CRISTAL OPALIN



ALUMBRADO
MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO

MÁS
Suntuosa
MÁS
DECORATIVA

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELECTRICO
MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL Calle de Alcalá esquina a Barquillo.
Se admiten suscripciones y anuncios.
AGUAS DEL INCIO-BOVEDA (LUGO)

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)